

CAPITULO XXIII.

- « Ese doctor charlatan
- » De la barba negra y puerca
- » Para arrancaros el oro
- » Os jugará muchas tretas.
- » Pero al cabo no obtendréis
- » De sus visages y muecas
- » Mas que humo y hojarasca,
- » Que un soplo de viento lleva. »

(EL ALQUIMISTA.)

— ¡ COMO estar fostra salud, mon pon siñor Oldenbuck? dijo Dousterswivel al entrar. ¡ Y como ir ese prafo capitan Mac-Intyre? pien sin doda. ¡ Ah! ser cosa del diaplo coando los jófenes enfiarse unos á otros palas de plomo.

— Todos los negocios en que se trata de plomo son peligrosos, señor Dousterswivel, respondió el anticuario; pero he sabido con mucho gusto por mi amigo sir Arthur, que ha tomado vm. un oficio muy lucrativo, y que lo que ahora descubré vm. es oro.

— ¡ Ah siñor Oldenbuck! mon pon é honoraple patrono non hafer depido haplar una palapra de tal negocio; poes, á pesar de

toda mi confianza en la prodencia é discrecion del pon siñor Oldenbuck é de su grande amistad por sir Arthur, sin empargo ¡ josto cielo! ser on grande é importante secreto.

— Mas importante, á lo que entiendo, que el dinero que nosotros sacarémos, dijo el anticuario.

— Esto depender del grado de fostra fé é de fostra paciencia para hacer el esperimento famoso. Sir Arthur darne cento é cincoenta lifras, fer aquí ono de fostros malos pilletes de panco de Fairport de cincoenta lifras; si fos hacer lo propio é darne tampien ciento é cincoenta lifras en mal papel, mi procoraros pon oro é pona plata, ma non poder decir coanto.

— ¡ Oh! yo creo que ni vm. ni nadie; pero, ¡ que diria vm., señor Dousterswivel, si, sin volver á hacer estornudar los espíritus á fuerza de fumigaciones, pasásemos todos juntos á las ruinas, y favorecidos por la luz del sol y nuestras conciencias puras, no empleando mas conjuraciones que azadones y palas de buena calidad, abriésemos unas zanjas profundas de un extremo á otro del coro de la iglesia de San Ruth? Me parece que por este medio podríamos, sin entrar en gastos, descubrir el tesoro, si acaso existe. Las ruinas pertenecen á sir Arthur, asi no hay que hacer

misterios. ¿Cree vm. que podríamos adelantar algo procediendo de esta suerte?

— ¡Pah! non encontrar solamente on dedal de cobre, ma sir Arthur poder hacer lo que le dé la gana. Mi haferle demostrado la posipilidad, la grande posipilidad de proco-rarse todas las somas de dinero que necesita; mi hafer hecho delante de él el grande espe-rimento. Si él non tener confianza, nada im-porta á Herman Dousterswivel, él solo per-der todo el oro é toda la plata.

Sir Arthur Wardour echó una tímida mi-rada á Oldbuck, quien, á pesar de la frecuente divergencia de opiniones, y sobre todo cuando estaba presente, ejercia sobre él una influencia poco comun. Realmente el baronet esperi-mentaba lo que no hubiera confesado fácil-mente, consideraba su talento inferior al del anticuario, respetaba en este un hombre inte-ligente, esperto, perspicaz, temia sus sarcas-mos, y no dejaba de tener alguna confianza en sus opiniones, que en general consideraba justas; le miraba, pues, en este instante como si aguardase su permiso para entregarse á su credulidad.

Dousterswivel conoció que peligraba de perderlo todo, si no hacia alguna impresion favorable en el consejero de la víctima de su impostura.

— Ser fanidad, mon pon señor Oldenbuck, dijo entónces, ser pora fanidad haplar de espíritos é de apariciones; ma cuando fos hafer considerado este coerno corioso, fos que conocer las coriosidades de todos los pai-ses, defer entónces traer á la memoria el grande coerno de Oldenbourg que ferse aon en el moseo de Copenhague, y que hafer sido entregado al duque de Oldenbourg por on espíritu hempra que hapitapa en las selfas. Mi non estar en sitoacion de engañar á Monk-barns aon coando querer hacerlo; Monkbarns conocer demasiado pen todas las coriosida-des: fer aquí el coerno lleno de piezas de plata. Considerar pen que ser on coerno; si hafer sido ona arca, ona cajita, mi non haplar pa-lapra.

— Es un cuerno; esto añade seguramente gran peso á los argumentos de vm., dijo Old-buck. Es un instrumento obra de la natura-leza, y que por consiguiente ha debido servir á todos los pueblos en su infancia, por mas que los cuernos metafóricos hayan sido en ellos mas abundantes, á medida de los pro-gresos de la civilizacion. En cuanto á este, continuó frotandole un poco con la manga de su casaca, es un resto curioso y venerable de antigüedad, y creo que está destinado á con-vertirse en cuerno de abundancia; pero ¿para

el iniciado ó para su protector? esto es lo que dudo yo.

— ¡Ah! mon pon señor Oldenbuck, fos non querer creer nada; ma mi poder asegurafos que los monges antigoamente entender moy bien el *magisterium*.

— Hablemos menos del *magisterium*, señor Dousterswivel, y pensemos mas con el magistrado. ¿Sabe vm. que su profesion está prohibida por las leyes de Escocia, y que tanto sir Arthur como yo somos jueces de paz?

— ¡Mon pon Dios! ¿por que haplarme de esta soerte, coando mi hacer todo el pen que estar en mi mano?

— Lo digo solamente para que vm. sepa que cuando la legislatura de este pais abolió las penas crueles que existian antiguamente contra la hechiceria, no contó arrancar de raiz todas las opiniones supersticiosas en que estaba fundada aquella quimera; y para impedir que los charlatanes é intrigantes se aprovechasen de ellas, promulgóse una ley en el año nono del reinado de Jorge II, que en su artículo 5º prevenia que todo el que pretendiese por medio de ciencias ocultas descubrir bienes perdidos, robados ó escondidos, fuese tratado como falsario é impostor, y sufriese la pena de argolla y cárcel perpetua.

— ¿Ser esta ferdaderamente la ley? pre-

guntó Dousterswivel con alguna agitacion.

— Voy á enseñarsela á vm., respondió el anticuario.

— En este caso, mis ponos señores, mi tomar el portante, y acapado todo. A mi non gustarme fostra argolla, porque el mocho aire non ser pono para mi salud, ni menos fostra cárcel, porque el poco aire ser todafia mas perjudicial.

— Si tales el modo de pensar de vm., señor Dousterswivel, yo le aconsejo que se quede aquí, pues no podria permitirle salir sin ir acompañado de un comisario. Por otra parte, espero que nos seguirá vm. inmediatamente á las ruinas de San Ruth, para indicarnos el punto en que se propone vm. encontrar un tesoro.

— ¡Mon pon Cielo!.... señor Oldenbuck, ¿como tratar á on antiguo amigo! Mi decir tan claramente como poder haplar, que si ir en la actoalidad, non encontrar el mas mínimo tesoro, ni una popre pieza de seis soldos.

— Haré sin embargo la prueba, y vm. será tratado segun el éxito del negocio.... siempre con permiso de sir Arthur.

El baronet durante esta conversacion estaba sumamente confuso é inquieto, y por servirme de una frase vulgar pero espresiva, el gallito llevaba baja la cresta. La obstinada incredu-

lidad de Oldbuck le hacia sospechar la impostura de Dousterswivel, y veía que el Alemán defendía su terreno con menos resolución de lo que hubiera imaginado; sin embargo, no quiso abandonarle enteramente.

— Señor Oldbuck, le dijo, vm. no trata equitativamente al señor Dousterswivel. El se propuso hacer este descubrimiento por los medios que su arte le sugiere, y el influjo con las inteligencias que presiden en la hora planetaria fijada por la esperiencia; y ahora le exige vm. con amenaza que proceda á su operacion, sin dejarle la facultad de emplear las medidas preliminares que considera indispensables para obtener un buen resultado.

— No es esto absolutamente lo que yo he dicho. Solo le pido que asista á nuestro escrutinio, y que no nos abandone por el camino. Rezelos alguna inteligencia con las inteligencias de que habla vm., y que acaso lo que está actualmente oculto en las ruinas de San Ruth no desaparezca ántes de que nosotros lo encontremos.

— ¡Eh pien! señores, dijo Dousterswivel con un poco de mal humor, mi estar pronto á seguirlos sin la menor opjeccion; ma mi preferirles de antemano que non encontrar de que indemnizarles de la pena de hafer dado feinte pasos.

— Eso es lo que verémos, replicó el anticuario.

Antes de subir al coche, sir Arthur mandó decir á su hija que aguardase en Monkbarns hasta que estuviese de vuelta de un paseo que iba á hacer con el señor Oldbuck. Miss Wardour no supo como conciliar esta órden con la conversacion que suponía habian tenido su padre y el anticuario, y se vió obligada á quedar en brazos de una triste incertitud.

El viage de los buscadores de tesoros no fué muy alegre. Dousterswivel, perdidas sus esperanzas y temiendo el castigo con que se le habia amenazado, guardaba un profundo silencio; sir Arthur, cuyos sueños dorados y lisonjeros iban disipandose poco á poco, estaba afligido por la triste perspectiva de sus agobios pecuniarios, siempre progresivos; y Oldbuck, reflexionando que interviniendo de un modo tan positivo en los negocios de su vecino habia dado lugar á este de contar con algun socorro eficaz de su parte, calculaba hasta que punto se veria obligado á aflojar los cordones de su bolsillo. Como cada uno de ellos tenia un objeto particular de meditacion, apénas se pronunció una sola palabra ántes de llegar á *las Cuatro Herraduras*, pequeña posada de que hemos hablado ya. Allá se procuráron algunos operarios y las herramientas

necesarias para la escavacion; y mientras estaban haciendose estos preparativos, viéron comparecer al viejo mendigo Edie Ochiltrie.

— ¡Bendiga el cielo á usía, y le conceda larga vida y prosperidad! dijo á Oldbuck: celebro mucho saber que el jóven capitan Mac-Intyre se hallará luego en estado de pisar las calles de Fairport. No olvide V. S. al viejo mendigo.

— ¡Ah, ah! ¿eres tú, buen viejo? dijo el anticuario; ¿por que no has venido á Monkbarns desde que el mar, el aire y las rocas te hicieron correr tan grandes peligros? Toma, he aquí para comprar tabaco.

Melióse la mano en la faltriquera para sacar su bolsillo, y sacó al mismo tiempo el precioso cuerno.

— ¡Bonito mueble para guardar dinero! dijo Ochiltrie; he aquí un conocido antiguo, distinguiria este cuerno entre mil; pero no es de estrañar, me he servido de él tanto tiempo. Le troqué por esta caja de tabaco de estaño con el viejo Jorge Glen, cuando le dió la gana de ir á trabajar á las minas de Glen-Withershin.

— ¡Oiga! dijo Oldbuck, luego hicisteis este cambio con un infeliz jornalero; pero presumo que nunca le habréis visto tan pro-

visto como ahora; y levantando la tapadera, le hizo ver lo que el cuerno contenia.

— ¡Oh! en cuanto á esto, ya puede usía jurarlo, Monkbarns; mientras me perteneció, no contuvo mas que tabaco por el valor de seis sueldos. Supongo que va usía á calificarle de antigualla, conforme ha hecho con tantas otras cosas. Quisiera que á alguno le diese la manía de convertirme á mí propio en antigualla, porque muchos dan un gran valor á pedazos viejos de cobre, de hierro, ó de cuerno, y hacen muy poco caso de un pobre miserable, su contemporáneo y conciudadano.

— Ya le consta á vm. ahora, sir Arthur, dijo el anticuario, la persona á quien es vm. deudor de semejante hallazgo. Seguir los viajes modernos de este cuerno hasta que llegó á las manos de un jornalero de Glen-Withershin, es colocarle bien cerca de uno de nuestros amigos. Espero que serémos tan felices en las investigaciones de esta mañana, sin que nos cueste un cuarto.

— ¡Y á donde van vuesañorías con esas palas y azadones? preguntó el mendigo. ¡Ah señor Monkbarns! esta es alguna de las tuyas. Va usía á hacer salir de la sepultura algun monge antiguo, ántes de que le llame la trompeta del arcángel; pero voy á seguir á usías, quiero ver lo que se proponen practicar.

Llegaron luego á las ruinas del priorato, y habiendo entrado en el coro, permanecieron un instante discurrendo por donde empezarian sus operaciones.

— Ahora bien, señor Dousterswivel, dijo el anticuario, su consejo vendrá muy oportunamente en la actualidad. ¿ Cree vm. que obraremos mejor cavando del este al oeste, ó al contrario? ¿ Su redomita triangular, llena de rocío del mes de Mayo, ó su varilla adivinatoria de madera de avellano, podrian sernos de alguna utilidad? ¿ ó bien nos espetará vm. unas cuantas palabras extravagantes propias de su ciencia, que si no son buenas para nada en la ocasion presente, aprovecharán tal vez á los que no tienen la dicha de ser solteros, para amedrentar á sus hijos?

— Señor Oldenbuck, dijo el Aleman, mi haferos dicho ya que non poder sacar aquí mocho provecho. Ma, mi saper el medio de remonerar todas fostras cifilidades; mi saperlo mocho pen.

— Si usías quieren escavar la tierra, dijo Edie, y se determinan á seguir el consejo de un miserable, mi parecer fuera que se empezase el registro debajo de esa grande losa en medio de la cual se vé grabada la imágen de un hombre tendido de frente.

— No me parece malo el plan, dijo el ba-

ronet, yo mismo tengo algunos motivos para aprobarle.

— Ni á mí se me ofrece inconveniente alguno, añadió Oldbuck; no era muy extraordinario en otro tiempo ocultar tesoros en las sepulturas. Bartholin y otros autores citan muchos ejemplos.

Levantóse por segunda vez la enorme piedra, la misma bajo la cual el Aleman y sir Arthur habian encontrado el cuerno, y el azadon entró inmediatamente en la tierra con suma facilidad.

— Esta es tierra recientemente removida, dijo Ochiltrie, cede al mas ligero impulso. Yo soy algo conocedor. He trabajado todo un verano con el viejo pertiguero Will Winnett, he abierto mas de una zanja en mi tiempo; pero le abandoné al acercarse el invierno, porque era un oficio demasiado frio, y luego vino la Natividad del Señor, y llovian muertos en la parroquia, porque ya se sabe que las fiestas de Navidad pueblan los cementerios. Asi pues, no habiendo sido nunca aficionado á un trabajo demasiado fatigoso, tomé el portante, y dejé al viejo Winnett edificar solo las últimas moradas de los hombres.

Los operarios tenian ya bastante adelantado su trabajo para poder descubrir que los lados de la sepultura que despejaban estaban

formados por cuatro paredes de piedra pulida, dejando un espacio probablemente destinado á recibir un ataúd.

— Esto vale la pena de continuar la operacion, dijo el anticuario á sir Arthur, aunque no fuese mas que por curiosidad. Quisiera saber cual es el personage por cuyo sepulcro se tomaron tantas y tan estraordinarias precauciones.

— El escudo de armas grabado en la losa, dijo sir Arthur suspirando, es el mismo que se vé en la torre de Baltardo, que se supone construida por Malcolm el usurpador. Nadie sabe donde fué enterrado, y se conserva en nuestra familia una antigua profecía que no hace esperar cosa buena cuando se descubra su sepulcro.

— Ciertamente, dijo el mendigo, la he oido citar varias veces cuando era tamañito.

- » Cuando de Malcolm-Baltardo
- » El sepulcro se descubra,
- » Sucederá en Knockwinnock
- » Gran pérdida y gran fortuna.»

Oldbuck, caladas las gafas, estaba ya de rodillas encima de la piedra, siguiendo con la vista y con el dedo los vestigios medio borrados del escudo de armas del antiguo guerrero. — No hay duda, exclamó, estas son las

armas de Knockwinnock, cuarteladas con las de Wardour.

— Ricardo Wardour, apellidado *Mano ensangrentada*, dijo sir Arthur, se casó con Sibila Knockwinnock, heredera de la familia sajona de este nombre, por los años del Señor 1150; y á causa de este enlace, el castillo y dominio de Knockwinnock entraron en la casa de Wardour.

— Esta es la verdad, sir Arthur, y he aquí la señal de ilegitimidad, la banda que atraviesa diagonalmente los dos escudos. ¿Que teníamos nosotros en los ojos, por no haber descubierto hasta ahora un monumento tan curioso?

— O mas pronto, dijo Ochiltrie, ¿que habian hecho de la piedra, para que no nos llamase hasta ahora la atencion? Sesenta años hace que conozco esta iglesia, y nunca habia notado semejante piedra; sin embargo, no es uno de aquellos átomos que no pueden distinguirse en la sopa.

Todos apeláron entónces á su memoria para acordarse del estado en que habian visto precedentemente las ruinas en aquella parte del coro; y todos conviniéron en que habia existido allí un monton considerable de escombros que debieron ser despejados por necesidad, y transportados á otra parte para dejar

visible el monumento. Sir Arthur hubiera podido acordarse de haber visto la losa la primera vez que vino á las ruinas con Dousters-wivel; pero su ánimo estaba muy agitado entonces para detenerse en tales minuciosidades.

En tanto que los primeros personajes traian todo esto á la memoria y se entregaban á esta discusion, los operarios continuaban su trabajo. Habian ya cavado hasta cinco piés de profundidad, y como la operacion de extraer la tierra se iba haciendo á cada instante mas difícil, empezáron por fin á fatigarse de la obra.

— Ya hemos llegado al fondo, dijo uno de ellos, ¡el diablo me lleve si encontramos aquí ataúd ó cosa que se le parezca! Es preciso que alguno se haya levantado mas temprano. Y diciendo esto, salió del foso.

— A ver, á ver, dijo Ochiltrie bajando entónces; debo yo dar tambien mi cucharada, yo que soy un antiguo sepulturero. Vosotros buscáis muy bien, pero no sabeis encontrar.

Clavó entónces la punta de hierro de su baston en lo que llamaban el fondo, y hallando resistencia, exclamó como un estudiante escocés que encuentra alguna prenda por la calle: — No doy parte á nadie, todo es para mí.

Los espectadores, desde el afligido baronet hasta el Aleman de borrascosa fisonomía, cor-

riéron al borde de la zanja, y hubieran bajado todos en ella, si fuera bastante capaz para contenerlos. Los operarios, que desmayáron viendo la inutilidad de su trabajo, volviéron á coger las herramientas, y las empleáron con nuevo ardor. Pronto sus azadones tocáron un objeto de madera, y despues de haber quitado la tierra que habia encima, descubrióse una caja, pero mucho mas pequeña que un ataúd. Fué necesaria la fuerza de todos los brazos para arrancarla de la profundidad en que la habian sepultado; su peso hizo formar un juicio favorable de su contenido, y por cierto no se engañaban en la conjetura.

Retirada la caja de la zanja, forzáron la tapa con un azadon, y encontráron primero un pedazo de tela gorda que servia de envuelta, luego una porcion de estopa, y finalmente una considerable cantidad de barras de plata. Una exclamacion general acompañó un descubrimiento tan sorprendente é inesperado. El baronet levantó las manos y los ojos al cielo, en aquel estásis silencioso de un hombre libre del terrible peso que le oprimia el corazon. Oldbuck, dando apenas crédito á su misma vista, levantaba una tras otra las barras de plata; no se notaba en ellas ni timbre ni inscripcion, escepto en una en que se distinguian algunas palabras que parecian espa-

ñolas. No podía caber duda en que era un verdadero tesoro de gran valor; sin embargo su genio sospechoso le llevó á examinar la caja hasta su fondo. Pensaba encontrar en las camas inferiores algunas barras de metal menos rico, pero no notó ninguna diferencia: todo era de buena ley, y se vió obligado á confesar que sir Arthur se hallaba en posesion de un valor de cosa de mil libras esterlinas.

Sir Arthur, despues de haber ofrecido á los operarios una generosa recompensa por su trabajo, estaba pensando en los medios de transportar este don del cielo á su castillo de Knockwinnock, cuando el Aleman, volviendo de su sorpresa que no habia sido inferior á la de los otros espectadores, tiróle de la manga de su casaca, y le dió humildemente el parabien. Volviendose entónces al anticuario: — E pen, mon pon señor Oldenbuck, dijole con aire de triunfo, mi hafer pen dicho que saper el medio de recompensar todas fostras cífildades. Pen hacerme josticia ahora.

— ¡ Como, señor Dousterswivel! ¡ pretenderia vm. haber contribuido al buen resultado? ¡ Olvida vm. ya que acaba de negarnos el auxilio de su ciencia? Carece vm. de las armas de que hubiera debido servirse para dar la batalla que pretende haber ganado. No ha empleado vm. ni hechizos, ni amuletos, ni

talismanes, ni espejos mágicos, ni figuras geománticas. ¿ Donde estan sus *periaptos* y *abracadabras*? ¿ donde su verbena,

- » Sus sapos y culebrones,
- » Sus dragones y panteras,
- » Sus astros, globos y esferas,
- » Con otras mil invenciones:

- » Su Azoch, Altorit, Laton,
- » Sus instrumentos sagrados,
- » Cuyos nombres revesados
- » Estropean el pulmon? (1) »

¡ Ah! divino Ben Jonson, ¡ bendito sea tu nombre, pues fuiste el azote de los charlatanes de tu siglo! ¡ Quien hubiera creido que los viésemos renacer en el nuestro?

El capítulo siguiente enterará al lector de la respuesta que dió el Aleman al anticuario.

(1) Versos del *Alquimista*, comedia de Ben Jonson.



Recuerdo 11 = 22 = 1912
 en el fondo á las 2 p.m.
 León D. F. 0042